

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: ¡Qué Señor maravilloso! – Impresiones de la vida terrenal del Hijo de Dios del evangelio de San Juan (cap.1)
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



¡Qué Señor maravilloso! – Impresiones de la vida terrenal del Hijo de Dios del evangelio de San Juan (capítulo 1) (14 días)

Día 1

Ez. 36:24-27; Jn. 3:1-5.16

Cuestiones de corazón

El profeta Ezequiel habló de una “cuestión del corazón de Dios” muy especial: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros” (Ez. 36:26a). Esa promesa nos hace recordar de la primera transplatación de un corazón humano, el día 3 de diciembre 1967 por el profesor Christiaan Barnard, en la Ciudad del Cabo en Sudáfrica. Muy rápidamente esa noticia se supo en todo el mundo. Ella daba a pacientes con grandes problemas cardiológicos esperanza de un nuevo chance de vida.

La renovación de corazón, la que el Dios viviente anunció por medio del profeta Ezequiel alrededor de 2560 años antes, era de otra manera (alrededor de 593 a.C.; Ez. 1:1-3). ¿En qué situación se encontraba Israel en aquel entonces? Todo el pueblo había sido sacado de la tierra que Dios le había dado, en varias etapas.* La razón era la actitud de corazón de los israelitas: Ellos habían sido infieles a su Dios, habían deshonrado su nombre (Ez. 36:16-23; comp. Gn. 8:21; Mt. 15:19).

Sin embargo, en medio de su condena, cuando los exiliados estaban juntos al río Quebar llevando luto, les habló Dios en Su gran amor: “Os haré mayor bien que en vuestros principios” (Ez. 36:11; lea Sal. 137:1-6). Él abría al pueblo una grandiosa perspectiva futura: En lo exterior el regreso a su país, en lo interior la renovación por el agua pura, el nuevo corazón y el nuevo espíritu. ¡Qué mensaje feliz, el que siglos más tarde, el discípulo Juan resume en su evangelio: “Porque de tal manera amó Dios al mundo ...”

Porque cada persona es una “cuestión del corazón de Dios”, el Padre nos ofrece en Su Hijo Jesucristo un nuevo comienzo. Él perdona nuestros pecados y quiere, por medio de Su Espíritu, llegar a ser la fuente permanente de poder en nuestra vida. Así nos capacita para llevar una vida obediente para Su honra, también en las tensiones de la vida cotidiana (lea He. 10:22.23; Ef. 3:14-17).

*722 a.C.: El reino del norte de Israel fue exiliado a Asiria; 606-586 a.C.: El reino del sur, Judá fue exiliado a Babilonia

Día 2

Ez. 1:26-28; 3:12.22-24a; 43:2-7a; Jn. 17:1-5.22-24

Puntos en común

De una persona muy importante de nuestro tiempo se dijo: “Ella tenía *un* solo tema que desarrolló en sus discursos: ¡la protección de matrimonio y familia!” Este aspecto era el tema principal de su vida.

De Ezequiel podemos decir algo parecido. Las palabras claves de su ministerio como profeta eran: la gloria del Señor (lea Ez. 8:4; 9:3; 10:4.18). Con diferentes cuadros y palabras figurativas, que no alcanzan a expresar la grandeza y el poder de Dios, describió Ezequiel el obrar del glorioso Señor en la historia de su pueblo. Ese deseo concuerda con el discípulo y apóstol Juan, que 600 años más tarde puso también la gloria del Señor en el centro de su evangelio. Una y otra vez fulgura la gloria del Hijo de Dios: “ ... y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia de de verdad” (Jn. 1:14).

En los próximos días queremos observar algo de la vida terrenal de nuestro Señor Jesucristo.

Primero hagamos un resumen de la biografía de Juan: • Familia: padre: Zebedeo; madre: probablemente Salomé; hermano mayor: Jacobo domiciliado en Galilea • Profesión: Empresa pescaria con algunos jornaleros • Formación espiritual: influenciado por la esperanza del Mesías de su madre; como seguidor de Juan el Bautista tuvo un encuentro con Jesús; comienzo del discipulado con toda entrega; llamamiento al círculo de los doce; junto con Jacobo y Simón Pedro gozó de una relación de confianza especial con Jesús, al que siguió hasta su muerte en la cruz y aceptó la tarea del cuidado y de la responsabilidad por María.

Nuestra historia con Jesús se desarrolla distinta de la de Juan. Pero con los discípulos del Señor de aquel tiempo tenemos algo en común: Debemos ser instrumento para la alabanza de Su gloria (lea Ef. 1:11-14).

Día 3

1.Jn. 1:1-4; Jn. 20:30.31

Creíble y fiable

Después de la resurrección y ascensión del Señor Jesucristo, Juan pertenecía junto con su hermano Jacobo y con Pedro a los llamados “columnas” de la iglesia (Gá. 2:9). Ellos experimentaron la resistencia de los líderes judíos, que llevó a Jacobo al martirio (Hch. 3:1; 4:1ss.18-22; 12:1.2). Juan acompañó a Pedro a Samaria (Hch. 8:14) y más tarde llegó a ser el líder de las iglesias en Asia Menor, en Efeso y sus alrededores. Bajo el dominio del César Domiciano (81-96 d.C.) Juan fue exiliado a la isla de Patmos (Ap. 1:9). Según escritos fiables se liberó del exilio, y volvió a sus actividades, después murió siendo muy anciano alrededor del año 100 d.C.

Su informe de testigo ocular escribió Juan en los últimos años de su vida y lo entendió como complemento de los tres ya conocidos evangelios sinópticos*. “Juan escribió un evangelio espiritual, siendo motivado por los ancianos y por el Espíritu de Dios” (según Clemente de Alejandría, alrededor de 200 d.C.). Otros testigos de la iglesia antigua también afirmaban a Juan como autor (Fragmento Muratoriano; también Ireneo, obispo de Lyon, alrededor de 180 d.C., el cual fue enseñado por Policarpo de Esmirna, un discípulo de Juan).

Juan no se nombró a sí mismo, sino se describió: “el discípulo a quien Jesús amaba” (Jn. 13:23). Importante es que Juan era un testigo auricular y ocular de las palabras y hechos de su Señor Jesucristo y que transmitió el buen mensaje de Jesús de manera creíble y fiable (comp. 2.P. 1:16-21).

Su evangelio quiere despertar *fe* en nosotros los lectores, sus cartas nos motivan a *amar* a Jesús, su libro profético, el Apocalipsis, nos alienta en la *esperanza* del regreso de Jesús.

Porque Jesucristo es el mismo ayer, hoy y para toda la eternidad, nosotros podemos también vivir por su gracia como creyentes creíbles y fiables (He. 13:7-9).

*Los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas nos dan una visión de la vida del Señor.

Día 4

Jn. 1:1-3; 20:31; Gn. 1:1-5

Una clara meta

Juan siguió una clara meta con la composición de su evangelio. Él testificaba su convicción que Jesucristo es el Hijo de Dios, quien obsequia la vida eterna a aquellos que confían en Él. El evangelista quería motivar a sus lectores y oyentes de aquel entonces, como también hoy, a la fe en Jesucristo.

Juan vivió reconociendo la grandeza y gloria de su Señor y por eso comenzó su informe acerca de Jesús con un prólogo espiritual: “En el principio era el Verbo”. A propósito eligió sus primeras palabras para que correspondieran al Antiguo Testamento hebreo: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Él señaló el comienzo de la historia mundial, incluso fue más allá. El buen mensaje de Jesús va a la eternidad antes del tiempo, en la que encontramos al autor de la creación como persona principal (Jn. 8:58; 17:5; Col. 1:15-17).

“En el principio era *el Verbo*, y *el Verbo* era Dios”. Juan contestó tres preguntas: ¿Cuándo era el Verbo? En el principio. ¿Dónde era el Verbo? Con Dios. ¿Qué era el Verbo? Era Dios. Para entender mejor veamos cap. 1:14: “Y aquel Verbo fue hecho carne ...” Con esta aclaración de la encarnación de Dios en Su Hijo Jesucristo, Juan demostró: Jesús el Hijo es Dios de la misma manera como “Dios el Padre” y “Dios el Espíritu Santo”.

Como ilustración pensemos en un triángulo equilátero. Cada punta representa: una el Padre, otra el Hijo y la otra el Espíritu Santo, tres personas con diferentes ámbitos de tareas y modos de acción, pero una unidad (lea Jn. 10:30; Ro. 9:5; 1.Jn. 5:20; He. 1:1-3).

Dos exhortaciones o ruegos para hoy: ¡Adore usted a Dios por su grandioso obrar en la creación y en la historia! ¡Cuénte usted con Jesús, la Palabra de Dios personificada, en su vida cotidiana!

Día 5

Jn. 1:1-5; Gn. 1:1; He. 11:3

Especialidades

Llamativas son las líneas paralelas que encontramos en los escritos de Moisés y Juan:

- En el principio – así como se nos comenta en Gn. 1:1 el comienzo de la creación, con Jesús comienza la segunda, la nueva creación: “... si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas con hechas nuevas” (2.Co. 5:17). La historia de Dios con los hombres es una historia de salvación, que también tiene un final, una meta: la eterna comunión de los creyentes con Dios (1.Jn. 1:3b.4; comp. Jn. 14:3; 17:24).
- En el principio – entre el Antiguo y el Nuevo Testamento existe una relación insoluble. Las palabras de Juan tienen el mismo significado que las del Antiguo Testamento: son las “Sagradas Escrituras” (2.Ti. 3:14-17).
- “En el principio *creó* Dios ...” – “Todas las cosas por *él fueron hechas* ...” se trata de la Palabra por la que fueron creados el cielo y la tierra; esa Palabra tiene poder creativo. Es la Palabra que da vida. Leyendo el primer capítulo de la Biblia encontramos muchas veces la expresión: “Y dijo Dios ... y fue así”. Como todo trabajador manual necesita material y herramientas para la fabricación de sus productos, Dios creó de manera muy distinta, y sólo por Su Palabra (comp. Ro. 4:17b).

Esta realidad sobrepasa nuestra imaginación humana. Nosotros somos solamente criaturas de Dios y Él es el Creador. No lo podemos entender en Su grandeza. Si unimos las declaraciones de la Biblia con la fe en Dios y nos informamos acerca de los misterios del micro y macrocosmo, podemos sólo adorar y “asombrarnos acerca de Dios y los milagros que Él hace, solo podemos asombrarnos” (H. Heizmann).

Día 6

Jn. 1:1-5; 8:12; Gn. 1:4.5; 2:7

Sabiduría, vida y luz

Hemos visto: “El Verbo” pertenece a Dios, ya era antes de la creación. Esta verdad bíblica afirmamos con otra señal a Jesús, la Palabra de Dios. Él nos ha sido hecho para *sabiduría* (1.Co. 1:30). Con esto el apóstol Pablo enlazó con las palabras del rey Salomón acerca de la sabiduría (lea Pr. 8:1.22.23). Jesús como la sabiduría en persona pertenecía a Dios, ya antes de la creación.

Con las palabras claves *vida* y *luz* (Jn. 1:4) Juan hizo otras conexiones con la creación: a. “En él estaba la vida” – Dios dio al hombre Su aliento de vida y fue un ser viviente. Jesús, el Hijo de Dios, dijo de sí mismo: “Yo soy la vida”. Por la fe en Él, el hombre consigue el acceso a la viva comunión con Dios el Padre (Jn. 14:6; comp. Pr. 8:35).

b. “La vida era la luz de los hombres” – en la creación Dios comenzó su obra creando la luz externa. Las promesas del Antiguo Testamento acerca de la “luz venidera, la luz de los hombres” se refieren al Mesías Jesús, la luz del mundo (lea Is. 9:2; 49:6b; 60:1ss; comp. Sal. 104:1.2). Él siguió siendo esa luz desde Su nacimiento hasta Su regreso. También lo será en la nueva creación (Ap. 21:23).

Desde la ruptura de confianza entre Dios y su criatura (Gn. 3:1ss.23.24) el hombre está bajo la influencia destructiva de la oscuridad, del poder del pecado. A través de los siglos Dios de muchas maneras ha llamado al hombre al arrepentimiento, Él llama hasta hoy: “hombre, ¿dónde estás tú?” (Gn. 3:9; comp. Mt. 4:17).

Aquel que respondió al llamado de Jesús con fe y obediencia, tiene a Jesús, *la vida*.

Día 7

Jn. 1:5-13; 2.Co. 5:14-21

Al servicio del Altísimo

Después de las palabras introductorias acerca de la eterna Palabra de Dios, el evangelista Juan se dirigió desde la obra de creación de Dios, a su actuar en la historia (desde el v.5). Él puso a Juan el Bautista al campo visual, el pariente mayor por seis meses del Señor Jesús, quien tenía un ministerio especial (Lc. 1:13-17.36).

En la divina designación de su nombre – Juan: Dios es clemente – estaba el anuncio: Con Jesús comenzó la gracia de Dios en el tiempo apocalíptico (lea Lc. 4:18.19).

¿Qué dijo Juan acerca de Juan el Bautista? • El era “un hombre enviado de Dios”. Con esto fue un claro contraste con su pariente Jesús, quien era y es, “verdadero hombre y verdadero Dios” al mismo tiempo (comp. Jn. 1:6 y Lc. 1:35). • Juan el Bautista era un enviado de Dios. Él no seguía sus propios propósitos, sino vivió totalmente según el mandato de Dios y predicaba lo que Él decía, como Moisés y los profetas (Éx. 3:10.13.14; Jer. 1:4.5). • Él se presentaba como testigo*, él testificaba lo que había visto y oído, hasta la entrega de su vida (lea Mt. 14:3-5.9.10). • Él tenía que entregar un importante mensaje con una meta bien clara: el buen mensaje de Jesús, la luz de la vida. La meta: la fe en Jesús (Jn. 1:7-9). El evangelista Juan acentuaba sin lugar a dudas: No se trata de Juan el Bautista (v.8), sino de Jesús, la luz y la verdad (v.9.10). • El testigo puede experimentar tanto reacciones de rechazo como de recepción acerca de su mensaje, mejor dicho rechazo hacia Él, su “divino jefe” (v.10ss).

Esto no ha cambiado hasta el día de hoy. Como cristianos al servicio de nuestro Señor estamos comisionado por Él y podemos ofrecer el maravilloso mensaje de la reconciliación con Dios por medio de Jesús. Cómo reacciona la persona frente a nosotros, no lo podemos manejar, esto es cuestión entre ella y el Señor (lea Mr. 6:7-13).

*griego: martyrs – testigo de sangre (mártir)

Día 8

Jn. 1:10-18; Sal. 24:1.2

Disposición de las propiedades

En la vida cotidiana entendemos eso de el reparto de dinero y bienes materiales, que muchas veces están arreglados según las leyes civiles. El evangelista Juan habló de la disposición de las propiedades de Dios (v.10.11). Todo el cosmo entero le pertenece al Creador, el mundo es su propiedad. Pero por el pecado toda la creación está distante del propietario; una ruptura hay entre el dueño y su propiedad (comp. Sal. 60:2; Is. 30:13; 59:1.2).

Cuando Jesús, el Hijo de Dios, llegó como hombre a su patria, a su propio pueblo, los hombres no lo reconocían. Ese tema lo encontramos en todo el Nuevo Testamento: El hombre natural sin Dios está ciego espiritualmente, no está en la correspondiente relación interior con su propietario (1.Co. 2:14; comp. Lc. 23:34). Por la falta de reconocimiento se llega al rechazo; las dos cosas pesan como pecado sobre el hombre (lea Ro. 1:18ss; 9:31-33).

Pero hay *una* posibilidad de reconocer a Jesús como la luz verdadera y salvadora, cuando una persona responde al mensaje del Señor con confianza y se compromete para seguirle: “Hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Jn. 6:69; lea Jn. 7:16.17). Cómo esto puede acontecer describió Juan en un lugar clave de su evangelio: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Jn. 1:12).

El que entrega la guía de su vida a Jesús el Hijo de Dios, Redentor y Dador de la vida eterna, recibe el “derecho” (potestad, concepto jurídico), desde el ser criatura, a llegar a ser hijo de Dios, y poder pertenecer a la global familia de Dios. De esa manera comienza su vida de fe y él podrá expresar su gozo: “A mi Dios pertenece el mundo ... y yo también soy suyo. Las manos de Dios me sostienen” (A Pöttsch; 1900-1956).

¿A quién pertenece usted?

Día 9

Jn. 1:12.13; 1.P. 1:23; 1.Jn. 3:1

Un derecho fundamental obsequiado por Dios

Sigamos meditando en el versículo 12: "... les dio (derecho) de ser hechos hijos de Dios". Pensando en la palabra "derecho" quizás recordamos derechos y obligaciones de nuestra vida diaria. Pero, ¿acaso no pretendemos a veces frente a Dios tener algunos derechos y esperamos que Él responda de acuerdo a esos?

El "derecho" de salud, bienestar y seguridad, de vivir buenas situaciones en la vida y buenas relaciones, el "derecho" de un auto, realización y desenfado? ¿Estamos desilusionados de Dios, si la realidad se presenta distinta? Un análisis personal nos puede desilusionar, pero eso puede ser positivo, pues nos libera de engaños.

Tengamos en cuenta: El *único* derecho que Dios nos ofrece en Su Palabra es el derecho de llegar a *ser su hijo* (comp. Gá. 4:7; Ef. 1:5). Esto es un "derecho" para nosotros, porque Él lo dijo y Él no quiebra Su palabra (Jn. 10:35b). Si nuestro Señor nos da además muchos bienes, se trata de agregados especiales e inmerecidos. Como hijos de Dios hemos entregado a Él nuestros supuestos "derechos" y pertenecemos al Hijo de Dios, que en Su muerte en la cruz pagó el mayor precio por nuestro rescate (lea Mt. 10:39; Ro. 14:7-9; 1.Co. 6:19.20; 2.Co. 5:15).

Solamente Dios puede dedicar a una persona el estatus de ser hijo de Dios: "... engendrado de Dios" (Jn.1:13). Solo Dios puede hacer de su criatura un hijo suyo (Jn. 3:3.5). La descendencia natural, la voluntad y engendramiento humano no pueden crear esa nueva vida.

"Hijo de Dios es un hombre salvado, quien por medio de Jesús tiene el perdón de sus pecados y el que a través del Espíritu Santo lleva una vida renovada para poder pertenecer a la familia de Dios el Padre" (G. Maier).

Día 10

Jn. 1:14-18; Ro. 6:23

El don singular del Padre

Juan dirigió nuestra mirada, quitándola de las actitudes y posibilidades humanas, hacia la llegada del Señor a nuestro mundo terrenal. Con pocas palabras describió el evangelista el mensaje “navideño”: “Y aquel Verbo fue hecho carne” (v.14): El Verbo, el que tiene autoridad, el que tiene la última palabra, el Hijo de Dios, Jesucristo, Él se hizo hombre (textualmente “se hizo carne”).

Ese concepto se refiere aquí a la humanidad débil, pasajera y pecaminosa, que por sí mismo no puede llegar al derecho de ser hijo de Dios. ¿Por qué el Hijo del Padre se hizo carne? En He. 2:14ss encontramos una respuesta: para salvarnos y llevar el castigo por el pecado a la cruz, a favor nuestro (comp. Col. 1:19-22; 1.Ti. 3:16a).

Jesús llegó a ser “como nosotros”, pero sin pecado (Jn. 8:46). Un patriarca* de la iglesia antigua habló del silencio de Dios que había sobre el hombre desde la caída en pecado, y que luego había sido quebrado por Dios, pues: El Verbo se hizo carne. “El cielo está con nosotros en la tierra. Por la fe lo observamos” (G. P. F. von Herdenberg). ¡Qué mensaje maravilloso!

“Y habitó (textualmente: acampó) entre nosotros”: La presencia de Dios entre los hombres, en el Antiguo Testamento, muchas veces en la figura de la nube o del fuego, tenía una gran importancia.

Para el tiempo final Dios prometió a sus seguidores que Él quiere vivir permanentemente entre ellos. El comienzo era por la llegada de Jesucristo y en la eternidad será completado. (Lea Éx. 16:10; 25:8; Ez. 10:3.4; Lc. 17:21; Jn. 14:16.17; Ap. 21:3.)

Jesús ha prometido hacer de aquellos que le aman y le obedecen la habitación o morada de Él y de Dios (Jn. 14:23). Por eso podemos animarnos y orar con Gerhard Tersteegen: “Señor, ven a vivir en mí, haz que mi espíritu sea tu santuario aquí en la tierra”.

*obispo Ignacio de Antioquía 1./2. siglo d.C.

Día 11

Jn. 1:14-18; Fil. 2:5-11; Is. 53:2.11

Abundancia sin fin

El prólogo del evangelio de Juan podemos entender también como un cántico de alabanza. Es asombroso cual abundancia o plenitud de declaraciones hizo el autor en estos dieciocho versículos.

Sigamos observando el v.14: “y vimos su gloria”: ¿gloria? ¿Un recién nacido en un pesebre, en el patio de un hostél? ¿Sin el cuidado profesional? ¿Sin suficiente equipamiento para un bebé? La gloria del Hijo de Dios está cubierta, como envuelta o “disfrazada en el uniforme de la miseria” (M. Claudius)

Juan siendo ya muy anciano, miró retrospectivamente toda su vida con Jesús. En las palabras y hechos de su Señor, incluso en su pobreza, vio Su gloria. Quizás Juan también pensó en las palabras de Pedro acerca de los discípulos como “testigos oculares de su gloriosa grandeza” (2.P. 1:16.17).

Con gloria se expresa la excelencia, el esplendor, la claridad, el brillo y la magnificencia que rodea a Dios. El hombre, después de haber caído en pecado, ha perdido la gloria anteriormente recibida de Dios. Pero por la fe en Jesús y por su salvación la puede recibir nuevamente (lea Ro. 1:23; 3:23.24; 8:21).

Nuevamente Juan afirmó que Jesús es Dios: “ gloria como del unigénito del Padre ...” Jesús es el único, el singular Hijo del Padre, el amado y también el sacrificado (comp. Abraham e Isaac en Gn. 22:2.3.9-13; He. 11:17) y el que fue concebido misteriosamente en María como Hijo que vino del Padre (Lc. 1:31-35). “ ... lleno de gracia y verdad” (v.14.17): De esta manera Juan hizo recordar la manera de ser de Dios (lea Sal. 100:5; 117:2). Nuevamente se declaró: Jesús es la gracia y la verdad de Dios en persona (Col. 2:9).

Igual como el Padre, Jesús, el Hijo de Dios, busca a los hombres alejados de Él con Su misericordia salvadora y Su obrar sanador, si el hombre lo permite. De esa plenitud de gracia podemos tomar cada día, alcanza para todos y no se agota nunca.

Día 12

Jn. 1:17.18; 6:35; 14:6-10; 11:25.26

Diferencias

Juan terminó su prólogo espiritual con la comparación de Jesús y Moisés y nuevamente destacó la singularidad del Hijo de Dios. *Por medio de Moisés* el pueblo de Israel recibió las instrucciones de Dios, la ley. Con respeto a Dios, Juan utilizó aquí la forma pasiva “fue dada” evitando así el nombre de Dios.

Mucho mayor que Moisés es *Jesús, el segundo Moisés* (lea Dt. 18:15: el profeta anunciado); Él es el Mesías. Él es la gracia en persona: la bondad de Dios dispuesta a dar y a ayudar, la salvación del juicio. También Él es la verdad: la revelación de la voluntad de Dios, que no encubre ni engaña. Lo que para la ley era imposible, por medio de Jesucristo se hace posible. Él capacita al creyente a hacer la voluntad de Dios (Gá. 2:20; Fil. 2:13; Ro. 8:1aa).

Esa buena noticia del Padre la hizo conocer el Hijo por su llegada a nuestro mundo (v.18). El que ve al Hijo, puede ver al Padre en Su manera de ser. La comunión destruida con el Padre por la caída en pecado, nuevamente es posible por la relación con el Hijo, ¡qué Señor maravilloso!

Sigamos leyendo en Juan 1 y preguntémonos: ¿Qué dijo Juan el Bautista acerca de sí mismo (v.19-28) y acerca de Jesús (v. 15.26.27.29-34)? Como un enviado de Dios (v.6) Juan estaba frente a los enviados por los fariseos y escribas de Jerusalén con sus preguntas: “¿Quién eres tú?” (v.19.22.24). Él contestaba claramente sin rodeos: “Yo no soy” (no el Cristo, ni Elías, el profeta) así se descartaban todas las posibles confusiones. Dos veces afirmó humildemente: “No soy” (v.20.27).

Esto nos hace recordar las variadas autodeclaraciones de Dios: “Yo, yo soy ...” (el nombre de Dios en hebreo Yahveh: Yo soy el que soy, el que siempre es; Éx. 3:14).

Día 13

Jn. 1:15.23-34; Is. 53:4-7

Diferentes comisiones

Juan el Bautista definió claramente *su* comisión: él es el cumplimiento de lo que dice en Is. 40:3, él que clama en el desierto y con eso prepara el camino de su Señor (v.23). Él era el precursor “del que viene” (v.15.27) y así enlazaba con Su título mesiánico del Sal. 118:26 y Dn. 7:13. El Bautista trataba de evitar cualquiera cosa que pudiera disminuir la grandeza y gloria del Hijo de Dios (v.27). Como en aquel tiempo Elías, así el que clama en la orilla del Jordán estaba preparado interiormente que la gente se convirtiera a Dios y le diera la honra a Él (lea Lc. 1:17).

¿Qué dijo el Bautista acerca de *Jesús y Su comisión?* • Él es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (v.29.36; comp. Mt.1:21; 20:28). • Él es de la eternidad antes del tiempo y vino a este mundo (v.30). • Él se identificaba en el bautismo con el pecador, sin ser Él mismo pecador (lea Mt. 3:14.15). • Su obsequio del Espíritu Santo es mayor que el bautismo de Juan con agua (v.33). • Jesús es el Mesías, anunciado y esperado en el Antiguo Testamento, el Hijo de Dios (v.26.34). Aquí se menciona por primera vez en griego la expresión “Hijo de Dios”, que acentúa la estrecha relación entre Padre e Hijo. El conocimiento del Bautista acerca de Jesús fue el mismo que el del evangelista (Jn. 20:31).

Pensemos en *nuestra comisión* que hemos recibido del Señor (1.P.2:9). Puede ser que nuestro cometido sea bien visto para los demás, o puede que quede en el trasfondo. Puede ser que concuerde con nuestras imaginaciones o más bien nos cueste. Puede ser que lo debamos cumplir en tiempos tranquilos o bajo peligro de perder la vida. Lo importante es que le demos la gloria y la honra a nuestro Señor y que mantengamos firmemente la convicción que Él es nuestro “Jefe”, por eso nuestro servicio en Su nombre está bajo Su bendición.

Día 14

Jn. 1:35-51; Éx. 33:18

Buscar y hallar

Jacobo, el hermano del evangelista Juan, y el apóstol Pablo denominaban a Jesús como el Señor de la gloria (Stg. 2:1; 1.Co. 2:8).

¿Cuáles huellas de esa gloria descubrimos en el llamamiento de los primeros cinco discípulos? Andrés y el otro hombre (Juan mismo) de primero eran discípulos del Bautista, cuya mención del Cordero de Dios les habría hecho recordar al cordero de la pascua sacrificado, que posibilitaba a los israelitas la liberación de la esclavitud en Egipto (Éx. 12). Por estar varias horas junto a Jesús estos dos comprendían: Él es el Mesías, Él da libertad de la esclavitud del pecado. Esto puede hacer solo Él, el Hijo de Dios (comp. Mt. 9:4-7).

Cuando Andrés llevó a su hermano Simón a Jesús, Él lo miraba pensando en la meta final, y le anunció: “Tú serás llamado Cefas: Pedro – roca”. Con esto Jesús señaló: • Él tiene la autoridad divina de cambiar a una persona; • la nueva creación (día 6) comienza ahora con Jesús. A Simón Pedro, que de naturaleza era más bien cambiante, Jesús quiere que madure para llegar a ser una personalidad estable (comp. Mt. 26:35.69ss con Mt. 16:18 y 1.P. 1:18.19). La vida de Simón Pedro declara: La gracia de Dios vence sobre la naturaleza humana.

Jesús es el que busca y el que halla, y así cumple lo que dice la profecía de Ez.34:11ss: El buen Pastor busca y halla su rebaño (lea Jn. 10:11). Él encontró a Felipe, el cual a su vez llevó a su amigo Natanael a Jesús. A las preguntas críticas y fundadas de Natanael Jesús respondió de una manera que demuestra: Él mira al estudiado Natanael con la mirada divina, una característica del Mesías como portador del Espíritu Santo (Is. 11:1.2; 42:1). Jesús le prometió a Natanael, que desde ese momento creía en Jesús, el Rey de Israel, la visión del cielo abierto.

Nosotros no somos ni Moisés, Ezequiel, Isaías, Juan, Pablo o ..., pero podemos orar con las palabras de Moisés: “Te ruego que me muestres tu gloria”.